dígenas asisten de mala gana y los trompos están como corazones envejecidos. ¡Así pasan las fiestas de este mundo!

IV

La fiesta de los Angeles.

Ha pasado ya la semana de Agosto en que nuestro buen pueblo de México se regocija con la famosa fiesta de los Angeles, una de las que mas alborotan á todos. Y me ocurre conocerla para hablar algo de ella á mis lectores.

En la madrugada del 2 de Agosto, los vecinos del barrio han sido despertados por el estallido frecuente de los petardos y por

los repiques del alba. Algo como un inmenso murmullo se levanta del lado de los Angeles, ántes de que los primeros rayos de un sol alegre despues de una noche de lluvia, ilumine las construcciones cenicientas que se levantan en el lado noroeste de la gran ciudad. La muchedumbre comienza á dirigirse desde muy temprano de todas partes, hácia la plazuela en que se levanta el templo que encierra á la milagrosa imágen.

Amanece, y las calles que conducen á ese lugar, bastante retirado del centro, se inundan de gente. Santa Isabel, san Andrés, el Puente de la Mariscala, la Estampa de san Andrés, las Rejas de la Concepcion, la plazuela de la Concepcion, las calles de san Lorenzo, las de santa María por una parte, todas las que desembocan en la plazuela de Villamil por otra, y por el oeste las nuevas de Soto y de la Magnolia, dan paso á un ejército de peregrinos llevando grandes cestos con manjares y botellas. Un mundo de artesanos con sus mujeres y una lechigada

de chicuelos se dirigen devotamente á pasar el dia en el lugar santo. Por el rumbo del norte y por las vías de Guadalupe y Nonoalco, han llegado ya numerosos romeros de los pueblos indígenas, aunque fuerza es confesar, que la *vírgen de los Angeles* no tiene tanta popularidad entre los antiguos habitantes del país, como la de Guadalupe.

La *vírgen de los Angeles* es rigorosamente la *madona* de los pobres de México, y en esa calidad, su culto es menos universal que el de la otra, que puede llamarse nacional.

*

Subimos á un wagon de los ferrocarriles del Distrito. El tren que parte de la plaza para los Angeles está compuesto de veinte coches y todos se ocupan inmediatamente; hay cuarenta pasajeros, donde no caben buenamente sino diez y seis.

Llegamos á la plaza de la Concepcion y allí hay una multitud esperando los wagones; suben los que pueden y quédanse los otros aguardando un nuevo tren. Ademas,

todos los abominables coches de alquiler que hay en México, cruzan con la velocidad de que son susceptibles los desgraciados jamelgos que los arrastran, conduciendo á centenares de peregrinos rumbo á santa María.

El tren continúa su marcha tortuosa caracoleando por entre un laberinto de callejones angostos, llenos de fango y flanqueados por casas de vecindad estrechas, húmedas, adornadas algunas con jardincillos de macetas, y que serian verdaderas huroneras si no estuviesen alumbradas profusamente por el sol que inunda los pequeños patios.

Son los callejones de Magueyitos, y las calles de Hidalgo, 1ª, 2ª y 3ª de Lerdo. Ademas de las casas de vecindad en que se aglomera una poblacion miserable y harapienta, hay por allí cien tendajos, fruterías, pulquerías y figones que han sacado á relucir sus enseñas chillantes y que se han adornado de *tules* para mostrarse á los peregrinos.

El tren desemboca por fin en la antigua *plazuela de los Angeles*, que hoy se llama

plaza de Juarez, en donde se levanta el venerable santuario. Las calles que se avecinan á esta plaza, llevan nombres modernos, nombres de la Reforma, lo cual es altamente simpático. Una de esas calles se llama de Escobedo, otra de Riva Palacio, otra de Miguel López, en honor de aquel patriota maestro de obras que vivió por aquí, cuya casa está allí cerca, y que abandonó hogar y familia para ir á combatir contra el invasor frances y morir gloriosamente en san Lorenzo, en la desdichada accion que perdió Comonfort.

Los nombres de esas calles humildes, las construcciones enteramente nuevas, la bandera nacional que flota arriba de la iglesia, todo dá á estos lugares un aspecto liberal y patriótico. No será con el beneplácito de los clérigos, pero lo cierto es: que aquí la Iglesia y el Estado viven furtivamente, quizás, en amable consorcio. Y es que aquí el pueblo lo hace todo; la fiesta es mas bien secular que eclesiástica; lo temporal domina lo

eterno; los frailes no han metido mucho la mano en la fundacion de la *iglesia de los Angeles*, ni la Vírgen es aparecida, ni hay trampantojos en la historia de la santa imágen, ni nada de eso que constituye la abundante mina que explotan los *santos hombres* en otras partes de México. La *vírgen de los Angeles* es la *madona de los pobres* y nada mas. Su fiesta es una especie de orgía que dura ocho dias y en que se emborracha el populacho con pulque rojo de tuna cardona, y es cuanto.

Orgía por orgía, esta vale mas y cuesta menos que la de la *villa* el dia 12 de Diciembre. Es una de tantas bacanales católicas en nuestro país y no la peor de ellas.

*

El santuario tiene una tradicion; es claro. Difícilmente se encuentran en México y en el *orbe católico* (estilo místico) santuarios de esta especie y númenes de esta clase, sin que tengan una larga historia de milagrería y de barbaridad.

Demos gracias al cielo de que la *vírgen de los Angeles* no deba su aparicion á la bribonería de un fraile y á la estupidez de un indio, ni á la imaginacion histérica de una solterona, ni á la propension al embuste de una vieja. No: esta imágen tiene un orígen liso y llano, con algunas exageraciones que ha puesto la devocion, pero que no llegan hasta la superchería, ni descienden hasta la injuria contra el sentido comun. La santa vírgen del adobe, es hija de sus obras, y no es su culpa, si el cariño idólatra de un viejo cacique, el capricho de un sastre y la pasion por el *pulque colorado*, han hecho de ella una especie de *Demeter* mexicana, la *buena diosa* de los miserables, la protectora de un barrio lleno de salitre, de fango y de miseria.

*

HARO feliz, gloríate en hora buena
Viendo á tu Reyna celebrada tanto,
Llénate de placer, pues que estas glorias
Las consecuencias son de tu trabajo.

(Versos dedicados á D. Joseph de Haro por el impresor D. Mariano de Zúñiga y Ontiveros, al imprimir la "Noticia" del Br. Peñuelas).

A través de las denominaciones moder-

nas y de las construcciones recientes que por todas partes rodean el modesto y bello templo de los Angeles, que tampoco es muy antiguo, hemos buscado, segun nuestra costumbre, la leyenda y la tradicion que dan orígen al culto de esa imágen y á la fiesta que se celebra en su honor. La tradicion sí es muy antigua, y se remonta hasta los primeros años de la Conquista de México por los españoles.

Así como la vírgen Guadalupana debe el ser adorada en México á la bobería de un indio candoroso, por no llamarle de otra manera, la de los Angeles debe asímismo su culto, como lo acabamos de indicar, al amor de viejo del cacique *Isayoc*, y á la pasion frenética de un sastre llamado D. Joseph de Haro, una de esas pasiones místicas que no son raras hoy, en el tiempo de la *vírgen de Lourdes* y de la *Saleta*, pero que eran frecuentes en los bellos tiempos de la Colonia.

Son pasiones de imbéciles, es mucha verdad, pero son pasiones respetables. ¡Capri-

chos de nene por un muñeco, amores de loco, hijos de una alucinacion! Es preciso perdonar estas manifestaciones del idiotismo ó de la fé, bajo sus distintas formas! Basta de filosofia.

Cuenta, pues, el Br. D. Juan Antonio Peñuelas, presbítero del Arzobispado de México y traductor general de Letras Apostólicas, en un curioso librito que publicó en el siglo pasado * que "por los años de 1580, siendo virey el señor marqués de Salinas, acaeció una furiosa inundacion en esta gran capital de la Nueva-España; porque no bastando los vasos de las famosas lagunas de Zumpango, Texcuco y San Cristóbal,

* Breve noticia de la prodigiosa imágen de Nuestra Señora de los Angeles que, por espacio de dos siglos se ha conservado pintada en una pared de adobe y se venera en su santuario, extramuros de México.—Escrita por el Br. D. Pablo Antonio Peñuelas, presbítero de este Arzobispado y traductor general de Letras Apostólicas.—A devocion de D. Joseph de Haro, primero y perpétuo mayordomo de dicho santuario, por el ilustrísimo señor doctor D. Alonso Núñez de Haro y Peralta, del Consejo de S. M., dignísimo Arzobispo de México á quien la dedica.—México.—Reimpresa por D. Mariano de Zúñiga y Ontiveros, año de 1805.

para recibir las inmensas aguas que derramaban en ellas los cielos y las muchas vertientes de las serranías que las cercan, rompieron sus diques, y se vinieron sobre el plan bellísimo, pero muy inferior, en que está situada la hermosísima ciudad de México. Es verdad que comparada esta inundacion con otra formidable que sobrevino 49 años despues, se ha reputado por pequeña; pero fué verdaderamente grande y lastimosa, porque inundadas las casas y las calles, ni daban lugar las aguas al comercio, ni á las funciones sagradas y políticas, ni á la subsistencia de los moradores, perturbando su quietud y sosiego. Se dificultaba la entrada de los víveres, y el que veia la luz del dia de hoy, pensaba si veria la de mañana ó no, sino que cerraria los ojos para siempre, sirviéndole de sepulcro la misma que habia sido su habitacion. No tropezaban los sentidos sino con objetos tristes y desagradables; se oian por todas partes los gemidos de los afligidos, que parecian sofocados con

los edificios que se desplomaban, ó con el golpe de las avenidas; se veian unos á otros pálidos con el sobresalto y el terror, y extenuados con la vigilia y falta de sustento: por todas partes se miraban los efectos de una desgracia comun, y muy particularmente en la ínfima plebe y naturales de este país, porque sus casas, sobre ser baxas, son de materia tan débil como la caña y el adobe. Con esto, padecian en sus cuerpos y en sus pobres alhajas, mirándolas salir por sus puertas al arbitrio de las corrientes.

"Entre otras muchas salió (no se sabe de dónde) una hermosa imágen de María Santísima, pintada en lienzo, que conducida en las ondas enfurecidas y agitada con su muchedumbre y con los vientos, fué llevada al barrio de *Coatlan* ó lugar de salitre, hasta parar en el mismo sitio que hoy se venera la prodigiosa imágen de Nuestra Señora de los Angeles, y que antiguamente fué habitacion de la Nobilísima Parcialidad de los Tultecas, fundadores del poderoso Imperio

Mexicano. Quizás de estos era descendiente un noble cacique llamado *Isayoque*, que era como el señor y principal de aquel territorio, á cuyas manos llegó la pintura de la Madre Vírgen que llevaba el lienzo. Prendóse desde luego de su hermosura, y resolvió adorarla, exponiéndola á la pública veneracion en una capilla de adobe ó Santocale que mandó fabricar, en la cual determinó poner el lienzo que le llevó sobre las aguas el Espíritu del Señor; pero mudó de parecer, porque la humedad y traqueo de las olas habia maltratado considerablemente el precioso lienzo, y quizá despues de seco habia perdido mucho de su perfeccion, saltando los coloridos y rompiéndose la tela. Mas no por esto se acabó su primera intencion de adorar la soberana imágen de María, sino que determinó hacerla pintar en la pared principal que miraba á la puerta del Adoratorio, advirtiendo desde luego á los pintores que imitáran y copiáran fielmente la imágen de la Reina de los cielos que tenia pintada

el lienzo, proponiéndoselo por modelo. Pintóse efectivamente la bellísima imágen de María nuestra Madre y Señora, sobre la pared de adobe de la capillita, y es la misma que hoy veneramos con el título de Nuestra Señora de los Angeles, quedando tan bella y agraciada, que no hay arbítrio para no rendirle el corazon á la primera vista y sacrificarse todos los afectos, que arrastra dulce y eficazmente. Su tamaño no llega á siete cuartas, que es la estatura natural de una doncella jóven de trece años; el pelo es entre oscuro y rojo, derramado blandamente por los hombros, particularmente por el izquierdo, poblado y crespo en los extremos y ceñido por el cerebro: la frente espaciosa y dilatada sobre unas cejas arqueadas y tupidas: los ojos hermosos y modestamente inclinados, tanto que apénas se descubre la mitad de la pupila: la nariz seguida y no muy redonda: los labios encendidos y pequeños, que resaltan con mucha hermosura sobre una barba partida de un hoyito que